

ST. JOHN'S AT DIOCESAN CENTER IGLESIA EPISCOPAL DE SAN JUAN

23 E. Airy Street | Norristown PA 19401 | (610) 272-4092

TERCER DOMINGO DE PASCUA

26 de April, 2020



LA PRESENCIA REAL

The Rev. Andrew F. Kline

HECHOS 2:12A, 36-41 | SALMO 116:1-3,10-17
1 PEDRO 1:17-23 | LUCAS 24:13-35

Imagina. La resurrección de Jesucristo revela una nueva realidad en el mundo. Al igual que el arco iris de Noé y los mandamientos de Moisés, la resurrección del Mesías cumple una promesa. La promesa de la presencia de Dios. Dios estará con nosotros siempre, aquí, en todas partes, ahora y en el futuro. Entonces, los cristianos nos reunimos cada domingo para celebrar ese asombroso regalo, ahora, más plenamente en esta tierra, en los Sagrados Misterios de la Santa Comunión.

Pero espera, dices, estamos luchando para reunirnos para hacer precisamente eso, para compartir la comunión, para estar en comunión, unos con otros.

John Lennon escribió una canción que comienza: “Imagina que no hay cielo”. Estaba tratando de resolver un problema. ¿Dónde debemos centrar nuestra atención? “Imagina que no hay infierno debajo de nosotros”. Comienza donde cree que empieza el problema. Dividimos la realidad. Creamos un universo de dos o tres pisos. Un mundo de arriba, ya de abajo. Un sistema de tener y no tener. Los débiles y los fuertes. El de adentro y el de afuera. Olvidamos lo que está, ya, en frente de nosotros.

Él tiene un punto. Nuestros problemas comienzan cuando no podemos ver el todo, cuando cortamos la realidad para adaptarnos a nosotros. Ciertamente, esta pandemia nos muestra las muchas formas en que descuidamos cuán interrelacionados estamos, cuán dependientes somos unos de otros.

También nos muestra que si bien individualmente podemos ser impotentes frente a nuestra realidad, como familia, como comunidad, como nación, como sociedad global, podemos imaginar nuevas soluciones, mejores resultados. Lo superaremos juntos, o en absoluto no lo haremos.

Entonces, en otro domingo más, cuando todavía no sabemos cuándo nos reuniremos nuevamente en persona, queremos hacer más que imaginar la realidad del Real Presencia. Queremos donar nuestra atención. Queremos compartirlo más profundamente.

Aquí en la iglesia. Allá en su casa.

Afortunadamente, nuestra historia del evangelio, el cuento de los peregrinos en su camino a Emmaus, conociendo a un extraño que resulta ser el Señor resucitado, siempre ha sido un plan para imaginar y compartir la vida divina entre ellos. Es el gran resumen no solo de lo que significa el sacramento, sino de por qué significa lo que significa.

Estamos en camino a alguna parte. Jesús aparece, no reconocido. Él es un camino, una verdad, una vida. Él nos habla estas cosas. Nosotros escuchamos la palabra Su voz confirma las promesas dadas: el Camino, la Verdad, la Vida. Todo funciona en silencio dentro de nosotros. No lo controlamos, así como no podemos retener al vivo. Cambiamos de opinión. Cambiamos nuestro comportamiento. Dejamos de caminar a nuestra manera.

Finalmente, invitamos a este extraño más cerca, al centro de nuestras vidas. Estamos sorprendidos de lo mucho que pasó, de que está marcado, atravesado y definido por su pasión, pero ahora no está agobiado por el sufrimiento, la tristeza y el dolor. En cambio, hay compasión y curación en cada gesto.

Estamos impresionados de que esté sentado con nosotros a comer, compartiendo lo que tenemos. Compartiendo lo que estamos pasando. El pan está roto. Él desaparece Él se va a revelar a sí mismo en otro lugar. Los corazones arden. Las cosas no pueden seguir igual.

Así ha sido en cada reunión que llamamos iglesia desde el principio hasta hoy: se habla de los fieles, se habla del Camino, la Verdad y la Vida, se ofrecen obsequios a Dios por el bien de todos, el pan se parte, el sacrificio y la curación y la liberación son presenciadas, recordadas, hechas presentes. Luego compartido.

Y una nueva forma, una verdad más profunda y una vida mejor, se desatan en el mundo.

Todos los domingos, en estas acciones, vemos que Dios está llenando todo en todo. Y somos uno con él y entre nosotros.

En estas acciones, compartimos estos dones de tal manera, y con tal intención, que participamos en la vida misma de Dios que llamamos la Presencia Real.

“Imagine”, canta el Sr. Lennon. Imagínete, de hecho, que no hay nada que nos separe del amor de Dios, ninguna historia superior de construcción falso llamada cielo, o sótano que llamamos infierno, que nos saca de vivir plenamente ahora en la creación de Dios.

Imagina que lo decimos en serio cuando oramos: venga tu reino. Tu voluntad se hará. En la Tierra como en el cielo.

El Sr. Lennon confiesa “Puedes decir que soy un soñador”. De hecho, el resto de la canción es un escape de la realidad.

¿No es el verdadero desafío mirar en el campo de la lucha, mirarse al espejo y preguntarse: qué está pasando aquí?

¿Y qué puedo hacer al respecto?

Nuestra fe de resurrección declara que el cielo ha bajado a la tierra y la tierra ha sido llevada al cielo, y que la vida que compartimos ahora está destinada en Cristo para vencer toda muerte y sufrimiento. Estamos en esto a largo plazo.

En lugar de desear un milagro, hoy nuestros ojos están correctamente centrados en lo que podemos hacer el uno por el otro, la sabiduría y la habilidad de toda la raza humana trabajando juntos para derrotar a este enemigo invisible del virus.

Dios ha desatado en nosotros una esperanza inagotable de que él está trabajando en el mundo y que somos socios de él.

Nos enfocamos hoy, como siempre, en el pan y el vino que se ofrece como el Cuerpo de Cristo que revelará y hará visible el Cuerpo de Cristo renovado y reutilizado.

A nuestro obispo le gusta ofrecer los regalos recién consagrados de la Eucaristía con estas palabras: “El cuerpo y la sangre de Cristo, para el cuerpo y la sangre de Cristo”.

Estas son palabras que prueban la máxima: los sacramentos no hacen que las cosas sean lo que no son; Los sacramentos revelan que las cosas son lo que son.

Imagina. No hay Cielo. No hay infierno. Solo Dios. Considerándolo todo. No hay indicio de distancia entre nosotros y Dios. Entre tú y yo.

Hoy, alrededor de esta mesa y la suya, nos encontramos en el centro del universo, ante el Dios que es, ante el Dios con el que Moisés conversó en El Monte Sinaí, en presencia de Aquel que se unió a sus amigos en el camino.

La presencia real. Imagina.